

ARTE

LLAMADA EN ESPERA

Y ahora, ¿cómo exponer a El Bosco?

Por Estrella de Diego

HE TENIDO QUE RECORRER varias veces la exposición de El Bosco en el Prado para entender el juego prodigioso que se ha establecido con una pieza que, aunque extrañísima, es más que conocida para los habituales del museo. En esta ocasión, *El jardín de las delicias* ha perdido parte de su aire de familia y acaba por atrapar en unas transformaciones que la hacen más bella si cabe, más misteriosa, pero sobre todo más frágil, instando impaciente al visitante a recorrerla desde una nueva y curiosa intimidad que parece reducir el tamaño y subrayar las intensidades.

Las mejores obras de arte nunca se quedan quietas, son volátiles, se transforman dependiendo de la época, las restauraciones, las interpretaciones sucesivas; su ubicación en el espacio, el *ars combinatoria* en cada momento. Me ocurre con *Las señoritas de Avignon*, uno de mis cuadros favoritos. En cada visita al MoMA, las mujeres en su escenario establecen conmigo el delicioso flirteo del travestimiento: a veces el espacio se ha hecho más contundente; otras se escabulle cohibido. En algunos viajes, el cuadrado insólito del lienzo adquiere una forma más rectangular; los colores se hacen más suaves o más agudos. Da lo mismo que me repita cómo la obra no es en realidad lo que percibo ese día. No sirve de nada reconstruir en la memoria la obra "real". El humor de la tarde, la melancolía, las preocupaciones, incluso las conversaciones con otras obras a las que han cambiado la ubicación, hacen que el cuadro salvaje se me escabulla como un extraño.

En el caso de la exposición del Prado, las cosas son más inquietantes si cabe, pues el milagro —subrayado en *El jardín de las delicias*— no se produce por la proximidad de obras extraordinarias que se complementan y, paradójicamente, se cancelan unas a otras en una seducción complicada de describir para quien no lo haya percibido en las propias salas. El milagro surge de un montaje que ha propiciado en los cuadros algo parecido a la intimidad, una dimensión de gabinete de las maravillosas que tuvieron de partida y que la forma habitual de exponerlas ha amortiguado durante siglos. Poder ver el cuadro en sus capas —gran hallazgo de este montaje—, rodearlo, develar la historia expandida de la obra, un ente vivo que sólo espera un ojo perspicaz que la rescate de su hastío. Ahora queda un reto —y no menor—. Después de establecido este nivel de lectura, ¿cómo resignarse a la antigua estrategia expositiva? Es el desafío que el Prado tiene ante sí —por otro lado, tal vez parecido al que tuvo con *Las meninas* o las pinturas negras, por citar dos ejemplos—. Una narrativa, por tanto, en constante conversación con esa mirada que impone lo consuetudinario como única fórmula de relato y que aquí ha sido brillantemente subvertida. •

MÚSICA

Memorias del cantante erudito

Entre torrencial y pudoroso, Elvis Costello ha escrito una colosal autobiografía. Sustentada en su infinito amor por la música, funciona además como guía de los intrínquilos de la industria



Elvis Costello y Chet Baker, en un estudio de grabación. Foto: Estate Of Keith Morris / Redferns

Por Diego A. Manrique

CON SUS MEMORIAS, ELVIS Costello eleva el nivel de ese subgénero que son las autobiografías del pop. Disculpen si eso suena como las frases promocionales que se ponen en las solapas de los libros, pero no exagero. ¡Varios puntos dignos de destacar! En este tipo de tomos, la parte más tediosa suele ser precisamente el inicio: el relato de sus primeros años, cuando el artista aún no se ha emancipado y depende de sus mayores. Costello lo solventa renunciando a la ordenación cronológica: la acción avanza y retrocede a capricho, manteniendo la curiosidad del lector.

Además, narradas por Elvis, las vivencias de sus antepasados resultan fascinantes. Sus abuelos participaron en la Gran Guerra y sobrevivieron. Su madre era una mujer segura de sí misma: trabajó como vendedora de discos e incluso traía de contrabando referencias de jazz no disponibles en Inglaterra. Pero Ross MacManus, el padre, es el gran secundario de *Música infiel y tinta invisible*: un músico muy sociable y, vaya, muy mujeriego.

Como trompetista, dirigió su propio quinteto *cool* hasta que comprendió que el jazz difícilmente daba para comer. En 1955, reconvertido en cantante, entró en la orquesta de Joe Loss, que se beneficiaba de las imposiciones del Sindicato de Músicos —entonces radicalmente opues-

to a los discos— y tenía hueco fijo en la BBC. Aunque su especialidad era el *swing*, la Joe Loss Orchestra tocaba todo lo que entraba en la zona alta de las listas. MacManus tenía acceso a las novedades discográficas; sin proponérselo, proporcionó una extraordinaria cultura musical a su hijo; también le introdujo en el libérrimo modo de vida de la farándula.

Por cierto: el nacimiento del futuro Elvis Costello fue noticia en el *New Musical Express*; se reproduce aquí el recorte. Esa atención al detalle, esa devoción por el

Como trompetista, dirigió su propio quinteto *cool* hasta que comprendió que el jazz difícilmente daba para comer

“Me doy cuenta de la suerte de haber trabajado durante ese periodo en que te cambiaban las canciones por un Cadillac”, escribe

dato exacto, es también otro de los valores del libro. Convendría recalcar que Costello es un melómano obsesivo —no crean que esa es una característica automática en las figuras del pop— y aquí nos deleita con incisivas narraciones de los encuentros con sus ilustres colegas.

Ocasionalmente, alguno —John Lydon, Willy DeVille, Eddie Money— se le atragantaba. En general, muestra enorme tolerancia por las peculiaridades ajenas: descacharrante la crónica de sus encuentros con Van Morrison, cuando ambos vivían en Notting Hill. Costello procuró colaborar con gigantes de otras músicas, aunque en aquel momento no cotizaban demasiado en el mercado de la *hip*: Chet Baker, George Jones, Tony Bennett, Allen Toussaint...

Esa voracidad musical alimenta el eclecticismo de su discografía. Se agradece la sinceridad con que reconoce las influencias, los reciclajes, los recorta-y-pega que forman parte del trabajo del creador de música popular. Sin olvidar el arrepentimiento por aquella noche alcohólica de 1979 en la que, en medio de una bronca con los músicos de Stephen Stills, lanzó epítetos racistas contra Ray Charles y James Brown. Fue un patinazo que, asegura, tal vez le salvó la vida: lo de “conquistar América” estaba fuera de sus posibilidades. Algo en su actitud, en su forma de expresarse, creaba tensión en extraños. Aparte, vista su discreción en asuntos amorosos, no podemos imaginarnos soportando el acoso que sufren hoy los famosos.

Para cualquiera interesado en Costello, *Música infiel...* es el libro de claves: explica la génesis de docenas de canciones. Y si le consideran un letrista opaco, sepan que lo podía ser más: inserta varios relatos breves, protagonizados por un tal Inch, inspirados en situaciones y ambientes que también generaron canciones. Pasan décadas hasta que, trabajando con Loretta Lynn, entiende que cuesta tanto componer una canción sencilla que una de las suyas, tan llena de “elaborados artificios”. Más allá de las andanzas con Bacharach, McCartney, Johnny Cash, Dylan y otros ilustres amigos, *Música infiel...* ofrece una guía a los intrínquilos del *show business* a ambos lados del Atlántico durante una época dorada: “Ahora me doy cuenta de la suerte de haber trabajado en el negocio de la música durante ese breve periodo de tiempo cuando te compraban las canciones por 50 dólares o a cambio de las llaves de un Cadillac hasta ahora, cuando se supone que todo es gratis”.

Como es obligado, se resiste a la nostalgia: “En la supuesta edad de oro también había muchos estafadores, chalados e idiotas y tantos discos malos o más”. Pero sugiere que ha pensado en renunciar a grabar y limitarse a dar conciertos. Sin publicitarlo, ese parece ser su actual *modus operandi*: en la presente década, solo ha lanzado un par de discos con canciones nuevas. Resulta comprensible su frustración. Como la nuestra al comprobar que la principal editorial de libros musicales en España todavía permita que se cuecen gazapos como traducir “vamp” por “vampiresa”, poner “trompas” en vez de “metales” o liarse con el doble sentido de “cover” (“versión” o “portada”). Tampoco luce bonito que se musicine a la gloriosa Dusty Springfield. •

Música infiel y tinta invisible. Elvis Costello. Traducción de Damián Alou, Rocío Gómez de los Riscos y Antonio Padilla. Malpaso Ediciones. Barcelona, 2016. 778 páginas. 29,90 euros.

EL PAÍS BABELIA 30.07.16 13

